

LA EBRIEDAD DE LA PALABRA: LA POESÍA DE JUAN MANUEL GONZÁLEZ

Lubio Cardozo

(...) *"Es una hora de mesianismo en la que los hombres alargan los brazos hacia el cielo para arrancar puñados de estrellas con que encender los caminos".*
"Razón de Contrapunto".
(Nº 1. Caracas, marzo de 1948).

La pureza del poema

Nace Juan Manuel González (1924) a la poesía a fines de la década de los cuarenta pero absolutamente diferenciado de los bardos emblemáticos de esos años. Osado en su expresividad lírica, original en la estructuración de sus composiciones, constructor de una obra germinada al impulso estético y conceptual del grupo y de la revista *Contrapunto*. Lo calológico de su poesía en una vehemente musicalidad reposa, en un libérrimo manar permanente de metáforas vanguardistas y un opimo mundo referencial alimentado de vivencias, experiencias, sueños, recuerdos, anhelos, pensamientos, todo ello apoyado por un léxico escogido, meditado,

colocado con voluntad de hermosura y sorpresa. Sobre un intenso ritmo puro, cuyo fin busca la artísticidad sonora, mediante el soporte formal de versos de arte mayor con predominio del alejandrino, corren una tras otra metáforas vanguardistas (o imágenes visionarias como diría Bousoño) verdaderamente audaces, cargadas de un glosario elegido, delicado, sublime, venusto,

(...)

*"cuando el viento llevaba su cántaro de frutas
hacia la boca azul de los huertos celestes".*

(*"ESTACIÓN DE AZUL"*).

Aquí la rima de las estrofas de los bardos iniciales de la "Generación del 40" desaparece para sustituirla una musicalidad lograda mediante una ¿sabia o intuitiva? acentuación de los versos.

Originase a partir de esta estética un poeta novedoso en 1949 con *Estación de la luz*, con una producción lírica continua, aportativa, trascendente, reconocida no sólo por los lectores y estudiosos sino también con premios significativos como el Municipal (Caracas) de Poesía en 1952, el de la Bienal de Poesía Hispanoamericana "León de Greiff" (Bogotá) en 1958, y el Nacional de Literatura (1957-1958).

Define la gran preocupación creadora de Juan Manuel González su angustia por aprehender, comunicar, la absoluta pureza del poema, deslastrada de todo vínculo servil, pedestre, con el referente objetivo; con impetuosa musicalidad para deslizar sobre la elemental sintaxis gramatical todo un florilegio de significaciones, pluralidad de voces comunicantes, para dejarle al lector su libre albedrío de sentir, percibir, entender. Pocos poetas venezolanos obra de mérito han pergeñado dentro de esta temeraria búsqueda e

invención, sobre todo coronar el esfuerzo con el irreprochable esmero e innegable belleza. Obedecería toda la edificación de su lírica, de manera cabal, a la concepción de la "pulchritudo vaga" de Kant desarrolla en su *Crítica del juicio* (1790). Ilimitada libertad de pensamiento calológico, siempre a la vista de las virtudes del ornato escritural, la *vocalitas*, la *delectatio*, el *nitor*, la *accuratum*, entre otras.

(...)

"Yo soy el mismo huésped que la mañana sorprendería entre libros milenarios, grutas de carbón entre las manos y deseos de prolongar la mansedumbre lejana de las estrellas. De mi carne se desprendía el marfil de las horas y los ríos abandonados, como el tallo de una rosa antigua, para percibir la soledad cerca de mi sangre y su escudo de corza herida por el resplandor de la primavera".

(Los días sedientos, I).

Mística identidad del trovador y el cosmos

Motivó el cosmos y sus seres su primer poemario, *Estación de la luz* (1949). Desde el hombre hecho naturaleza sideral, por cuanto encarna espacio de universo, ámbito de donde viene y a donde retornará, por eso su índole revierte esencialmente en poesía y ello lo especula el trovador con acierto,

(...)

*"Aunque soy habitante seguro de la yerba,
mineral que se irá con su brillo a la tierra,
quiero sentir el vuelo nocturno del lucero".*

("ESTACION DE LA LUZ").

Pero no sólo el humano; celebra, lauda el poeta los entes de la naturaleza silvestre: los animales, los árboles, los ríos, las piedras, el arco iris.

Con su peculiar y tremenda fuerza expresiva el vate extrae del objeto la belleza contenida en él, la exalta, la engarza en el juego de ese collar de odas cosmogónicas cantadas como sagaz bardo conscientemente colocado en el centro del paisaje terrestre y desde el cual lanza su emocionario brotado del agradecimiento por "la ebria claridad de la vida"¹.

Aunque no tan común tampoco debe juzgarse extraña en la tradición lírica venezolana la poesía donde se salmodian el universo y sus pobladores, desde diversas exigencias, por supuesto. Hay algo de ello en las silvas americanas de Bello, en algunas composiciones de Maitín, Lozano, Francisco Guaycaypuro Pardo, Gerbasi, Juan Berces, Dionisio Aymará, entre otros. Se trata en el fondo de entender y enaltecer la existencia en medio del asombroso entorno del mundo. Fruición de estar allí, de ver, de palpar, de pensar, de recordar, de soñar en el eje de la maravilla. Esta percepción de la estrecha identidad entre el bardo (el peregrino) y el cosmos de una u otra manera en toda su obra se da, y en ciertos momentos absolutízase como en el excelente "SALMO QUE LLEGA A LAS ESTRELLAS" de *Los salmos de la noche* (1952),

*"Desde la húmeda orilla de la tierra, entre los bosques y
la lluvia,
como la carne de una mariposa perdida sobre la corteza
del agua,
mis ojos inventaron las estrellas, al mirar la poderosa
noche del mundo;
y mi corazón de remoto barquero, de mástil anclado en
la yerba,*

*dispersó su tristeza sobre las bahías desoladas del cielo
cual un río que entrega sus alas al hombro de los mares
antiguos".*

(...)

Expedito fluir del inconsciente en rítmicas frases, con frecuencia endecasílabos y alejandrinos, encadenados en secuencia de prosa poética, compuesta de palabras hermosas: Consisten los poemas de *Los días sedientos* (1950) en tres altos himnos de gratitud a la inmutable beldad de la naturaleza. Contrasta el escritor su ansiedad de lo eterno con su hipotética muerte y cómo lo sobrevivirá esa delectación del mundo aunque él estará presente con el silencio de su materia. Representan los tres poemas donde el trovador se exigió más en su singularidad imaginativa; riguroso texto en el cual los entes líricos los subordina al goce estético, entre éstos la fábula disuelta en esa constante de la lírica de Juan Manuel González, sus cogitaciones sobre la identificación del poeta (en definitiva el hombre) y el cosmos.

(...)

*"Cuando mi tierra recobre su jerarquía de miel y trigo,
de paloma desprendida del arca morada de las uvas, el
canto se levantará puro, en medio de las flores y los
ruidos de verde plumaje, como un pinar de golondrinas
en el aire amarillo del poniente!"*

(Poema III).

Toma Juan Manuel González de la estructura intrínseca del salmo la entonación y la musicalidad para levantar venustos cánticos a reflexiones y vivencias de su circunstancia más cercana. *Los salmos de la noche* (1952) lo arman largas estrofas donde el vate hace gala de su denso sentimiento por la vida y la naturaleza,

como en un vitral descriptivo exponiendo va todos los elementos perseverantes de su lírica, el inicio de la existencia del hombre sobre la tierra, el comprenderse hermano superior de las bestias, meditación en torno al fuego, los campesinos, la casa solariega, los niños, la mujer, la madre, los difuntos queridos, las estrellas, la ciudad, la paz, los sueños, en fin todo lo oriundo y entrañable en la geografía espiritual del poeta. Dicha temática, expuesta con gran libertad, a través de versos largos -desde los alejandrinos, los octonarios, hasta de dieciocho sílabas- fundamenta el ensamble del objetivo primario de la lírica de Juan Manuel González, el efecto calológico por sobre los demás elementos de la composición.

Despréndese parte significativa del orbe poético de González de sus cogitaciones sobre la identidad y permanencia del trovador y el cosmos, de allí manan pluralidad de temas, inquietudes, descripciones. Pero a ello se sumará con *La heredad junto al viento* (1958) su visión cristiana de Dios, de su bondad generadora de los dulces misterios, sobre todo, aunque no únicamente, en las estrofas agrupadas bajo el nombre de "Llama de Dios", sustentadas por una fe primigenia, originaria, antigua,

(...)

*"¡Señor!, flauta de nieve, ramaje de la música
por la orilla del tiempo y la niñez del agua,
te palpo en el amor y su joven hoguera
prendida al corazón de los hermosos días!"*

(*"LOS HERMOSOS DIAS"*).

Al lado, por supuesto de otras vivencias poetizadas como su encuentro y arrobamiento frente a la mujer infinita, el tiempo, la soledad, la noche, la muerte.

Corre a lo largo de los poemas de Juan Manuel González un aliento de bondad, de apego por sus semejantes y por los hermanos menores, los animales y las plantas. Mas ese amor místico, a medida como se avanza en la lectura, tornase complejo cuando se convierte en el vínculo de fusión, de entrega, con el cosmos. Como un divino viaje ecológico del cual regresa para iluminar con su palabra los entes de su entorno. Inclusive en sus versos, en ciertos momentos, sobre todo en las odas finales de *La heredad junto al viento*, vaticina los futuros desastres de la devastación de la naturaleza, ya sea mediante las guerras u otras formas de ecocidios. Recuerda en esa tesitura de vacación humanitaria un poco, pero sólo en esto, la lírica de Carlos Augusto León. Va respaldada por un léxico de presencia persistente en todos sus libros cuya carga simbólica se trasega a esa afición, con vocablos como yerba, mariposa, aurora, golondrinas, aves, pájaros, lluvia, lebrez, Cruz del Sur, luna, venado, uva, naranjas, viento, rosa, mimbre, campana, fruta, estrella, bosque, verano, pastores, águilas, los adjetivos silvestres y agrario.

De esa preocupación cardinal de su poesía, la plenitud de transparencia entre el trovador y el cosmos, hay una faceta a la cual el poeta con preferencia su corazón inclina y teje alrededor de ella apretadas composiciones: la noche. En su poemario *De la más alta colina* (1958) el vate escudriña, con su rico lenguaje metafórico, el poderoso misterio físico de la noche; revela su transfiguración en el campo infinito del universo, arropadora de la luz, y por lo tanto todo, el hombre incluido, estaría conformado de su sustancia,

(...)

*"Por eso me doy a ti en sostenida y segura alabanza,
en palabra madura, en llanto verdadero, en contemplación
eterna.*

(...)

*De mis huesos se desprende la oración de la neblina,
el rumor de las aves, el brillo de las serpientes sagradas,
cuando llego a tocar tus muros de claros heliotropos
y me siento entre tus dominios de valles transparentes".*

(...)

(“DESNUDA NOCHE”)

Intensos y recónditos estos poemas de Juan Manuel González en torno de la noche. Sin sacrificar lo grácil, lo sutil, de los versos por ellos deslizan cavilaciones ontológicas sobre el arcano de la obscuridad infinita más allá de donde el vate la observa, la Tierra. Con el recurso expresivo artístico de la metáfora vanguardista la domina en “LIGERA NOCHE” “alta mariposa del mundo”, “cuerpo de alas movidas por el tiempo”, “materia inicial de mi materia”; a su vez el bardo, quien se siente pertenecerle calificase de “habitante turbulento del amor, de la vida con su manada de sueños”.

Final

Ha dejado a lo largo de su vida creativa Juan Manuel González una obra lírica interesante, auténtica. Representa ella su aporte a la literatura del País, al mundo artístico de Venezuela. Lo guió una pasión constante, el hallazgo de la pureza del poema hasta donde esto puede ser posible. Un intuitivo sentido del ritmo le permitió construir largos versos -alejandrinos, octonarios, entre otros- cargados de intensa musicalidad para mediante ellos expresar un desvelo ontológico capital en sus textos, el misterioso destino del hombre como ser de la naturaleza, de universo, separado de éste por la vanidad de la razón, de la conciencia, de los sueños, pero en el fondo no otra cosa sino pedazo de mundo enamorado del cos-

mos: de allí surge esa integralidad del trovador y el infinito, del peregrino y la materia categórica, del poeta y la noche.

(...)

*"Aquí alzo este espejo de tus sienes, esta llanura de violetas,
para que cuando no sepan nada mis huesos de su canto,
tus entrañas me fundan en su desbocada lumbré
y me avienten sobre la nueva noche de los planetas y el
hombre".*

("LIGERA NOCHE")

¿Traduce su labor creativa una piadosa manera de revelar a sus lectores, a través de la poesía, su patética interpretación del arcano? ¿O un modo de exorcizarse él mismo ante el enigma? Al margen de la intención allí queda su afinada escritura frente al tiempo, su exigente legado a la poesía lírica venezolana.

NOTA

1. *"Morada de los Animales"*, en *Estación de la luz* (1949).